

Para andar el camino

...para quien conmigo va

Una serie de

Luis Enrique Hernández González

Trabajo

Para Rousseau la temperancia y el trabajo eran los dos mejores médicos del hombre (solo algún «salao» pretendió darle la vuelta, asegurando que si el trabajo es vida ¡viva la tuberculosis!). Lo cierto es que como reconoció Voltaire, el trabajo nos libera de tres insuperables calamidades: *el aburrimiento, el vicio y la necesidad*.

En la antigüedad trabajar era concebido como una necesidad para satisfacer las carencias más primordiales, una ocupación servil, propia de esclavos no de ciudadanos. En el mundo grecorromano no se valoraban los trabajos inferiores. El mismo Aristóteles asegura que el hombre debería estar liberado de la actividad laboral que deforma su cuerpo, para dedicarse al trabajo creador intelectual.

Es significativo, que la palabra trabajar venga del latín *trapaliare*, que significa a la vez trabajar y torturar. Incluso la tradición cristiana aporta tintes de maldición a la palabreja «*ganarás el pan con el sudor de tu frente*», aunque también respalda la actividad humana: «*confía en el Señor y persevera en el trabajo*» Eclesiastés (11, 21-22) «*Comiendo lo ganado con el trabajo de tus manos, serás feliz y bienaventurado*» (salmo 128)

No obstante, y a pesar de que trabajar no siempre fue bien visto a lo largo de la historia, hoy en día nos encontramos con un concepto del trabajo radicalmente diferente, pasando de ser una condena, a un privilegio para algunas personas, de tal manera que quien no lo tiene difícilmente podrá mantener su plena condición de ciudadano.

Hay dos maneras de entender la palabra *trabajo*: 1. como *actividad total del hombre*, es decir, el hombre se hace a sí mismo haciendo cosas, haciendo su vida y 2. El trabajo en sentido moderno; como *una actividad pública, demandada, reconocida útil y por tanto remunerada*. Éste último concepto ha sido **el gran error de nuestro tiempo**, que ha llevado a **establecer una separación entre el trabajo y el resto de la vida**.

El hombre, es por naturaleza, un ser capaz de pensar, sentir, sufrir gozar, elegir y crear por sí mismo. Por tanto es un ser libre, al que la libertad, la utilice bien o mal, le concede una distancia y una dignidad superior al resto de los seres. Fruto de la libertad humana, el hombre es capaz de actuar según sus criterios, de elegir hacer las cosas de una forma u otra, no ya como una inercia, un movimiento convulsivo, un acto reflejo, o un instinto... El ser humano actúa como necesidad para ejercer su libertad, sus capacidades, su conciencia, y por tanto su dignidad de hombre. De tal forma que el hombre no podría dejar de realizar esa actividad, pues no se desarrollaría como tal, dejaría de ser hombre. **Esa actividad es su vida**.

El recorrido de la historia del hombre es el de un ser trabajador, un ser que no está acabado y que debe hacerse. Su misión y responsabilidad en la vida sería la de ir creando un mundo más adaptado a él y a las otras personas que con él lo comparten, a través del trabajo, del esfuerzo, de la actividad humana, construir el hogar del hombre.



Este esfuerzo, costoso, no supone solo una carga, también conlleva elementos de satisfacción (por la labor bien hecha), de felicidad (autoestima...) de realización personal. El trabajo humano así entendido, tendría una triple dimensión: *Natural*: Una tendencia natural del hombre a transformar, a completar, a mejorar la realidad en la que vive. *Individual*: Es una actividad que aunque en equipo, la realiza cada persona y cada persona experimenta su propio proceso de maduración. *Comunitaria*: Toda actividad humana tiene una repercusión en el colectivo, en la sociedad, para bien o para mal.

El trabajo es por tanto una necesidad humana y social'

La cultura moderna del trabajo

La moderna sociedad industrial ha cometido el grave error de entender el trabajo y la vida como dos espacios diferentes de la persona. En ella, el trabajo es el factor más importante de socialización, ya que por él se tiene acceso al reconocimiento social, su «*ser ciudadano*», entendido como sujeto de derechos y deberes. El trabajo con fin económico ha sido desde el capitalismo industrial (desde hace menos de 200 años) la actividad humana dominante, y a partir de esta forma de entender el trabajo, se han ido incorporando conceptos como *deber moral, obligación social, vía de acceso al éxito personal...* «*cuanto más trabajo, mejor para todos*», «*los malos trabajadores perjudican a la sociedad y no la merecen*», «*quien trabaja bien triunfa,*

Trabajo



quien lo hace mal fracasa y claro... quizás sea por eso que esté en el paro, ...en el fondo se lo merece»

Sin embargo, esta forma de entender las cosas está «*haciendo aguas*» en los últimos años, desde que el proceso de producción ya no tiene necesidad de que todos trabajen a tiempo completo. Es a partir de entonces cuando se empieza a entender el trabajo, no solo como una actividad dirigida a la obtención de unos ingresos. Ya no es necesario trabajar mucho para obtener riqueza. Se empieza por tanto a diferenciar EMPLEO y TRABAJO. EMPLEO: como una actividad que se desarrolla para recibir dinero y TRABAJO: como la actividad, a través de la cual, el hombre se hace persona, a través de la cual se realiza su vida entera.

Ética del trabajo

Frente a la racionalidad económica que todo lo cosifica y convierte una actividad que en sí debiera ser gozosa y creativa, agradable y transformadora, en condena y penalidad, nosotros defenderemos la racionalidad *personalista* (que hace personas, vamos, personas-listas): a) un objeto tiene valor, cuando es producto del trabajo humano, b) La acumulación como dominación y explotación del otro, es homicida c) El sujeto que realiza el trabajo, la persona, es quien da la dignidad al trabajo. Por eso no hay trabajos más dignos que otros. d) La persona es quien sustenta el valor del trabajo. La persona tiene valor pero no precio. Trabajo y salario no tienen por qué ir necesariamente unidos. Es posible que quien realice un trabajo transformador de la sociedad, no sea necesariamente remunerado por ello. Por otra parte

quien así trabaja, tiene derecho a recibir con unos ingresos suficientes para llevar una vida digna, aunque esos ingresos no sean «*en pago*» de su actividad. ¿Cómo hacer esto? El secreto estará en que seamos capaces de repartir la riqueza (que llega para todos) evitando las grandes acumulaciones de capital (que siempre suponen un robo al «*pastel*» comunitario) y no permitiendo que a alguien le falte lo suficiente. Esto es posible hoy en día. Otra cosa es que se quiera.

e) Si el trabajo es el cauce a través del cual el hombre se realiza como persona, quien le roba este derecho le está condenando a la muerte como ser humano.

f) Una sociedad basada en la plusvalía de la mano de obra (por tanto en la explotación del trabajador) que basa su desarrollo en la acumulación de capital en unas pocas manos, generando, como consecuencia el expolio y la pobreza de la mayoría de las personas, es una sociedad injusta, por lo que en conciencia, la labor del ciudadano cabal (no digamos de los cristianos) deberá ser la de ir dando pasos para la transformación radical de este sistema, evitando hacernos cómplices de sus trampas al aceptar sus reglas de juego.

Conclusión

Los hechos nos dicen que, sin dejar de crecer, la economía necesita cada año un 2% menos de trabajo. No hay trabajo a tiempo completo para todos. Esta lucha por una reducción en las horas de empleo, supone luchar por una nueva forma de organizar la sociedad y sus recursos. Supone que nuestra identidad no dependa de

nuestro empleo. Supone, asimismo, que nuestra integración social tampoco dependa del empleo. En una sociedad que no lo necesita, el empleo no debe ser la llave para poder ser un ciudadano pleno: un hombre con plenos derechos y plenos deberes que no necesita mendigar de nadie que le respete su dignidad. La vida tiene sentido sin un trabajo pagado. La posibilidad de vivir dignamente debe ser independiente del tiempo dedicado al empleo.

Es imprescindible poner la técnica y sus posibilidades al servicio de una economía y una organización del trabajo diferentes, nacidas de unas opciones políticas nacionales e internacionales, que pongan los medios para respetar la absoluta dignidad de todos los hombres. El hecho de que la mayor parte de los hombres sean pobres e incluso miserables; el hecho de que desde la industrialización, la pobreza haya ido en aumento, así como las desigualdades entre las personas y países, es una realidad ineludible y cruel que debe reorientar todas las posibilidades humanas, con el fin de que este homicidio callado, pero inexorable, se detenga.

Desde la perspectiva que hemos alcanzado al principio, el hombre es un ser trabajador que se hace en todo lo que hace. El giro cultural que exige la nueva situación no es trabajar menos, sino estar menos tiempo empleados a sueldo.

El hombre es un ser trabajador, pero sobre todo es una persona, y ésta sólo es posible en comunidad.

No es necesario renunciar a los avances de la técnica, pero es imprescindible orientarlos con urgencia al servicio de todos los hombres.